

HERALDO DE MURCIA

ANO IV DIARIO INDEPENDIENTE NUM. 983

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península: la UNA PESETA al mes.
Extranjero 7'50 PESETAS tri. mestr.
Comunicados a precios convencionales.
Redacción y talleres: S. Lorenze, 18

MARTES 18 DE JUNIO DE 1901

PRECIOS DE LOS ANUNCIOS

En cuarta plana. 00'05 pesetas línea
En segunda y tercera. 00'10 id id.
En primera. 00'20 id id.
Administración: Saavedra Fajardo, 15.

Parece mentira

Un alto personaje de la situación; uno de esos políticos de los que ahora padecemos a manera de calamidad pública, ha dicho que si invadiera a España un ejército de cuarenta mil ingleses, no podríamos a su empuje.

Ante semejante afirmación, hija del más negro pesimismo que concebirse puede, ó de un desprecio indecoroso hacia la nación que nos dió el ser, el alma se entristece y el corazón se oprime, porque ella nos dá la medida cabal y exacta de lo que es la vuelta al poder de todos nuestros fracasados gobernantes.

¿Cómo! ¿Es posible que toda una nación de diez y ocho millones de habitantes fuera impotente para rechazar la invasión de cuarenta mil bayonetas.

Pues si esto es así; si tal afirmación es una verdad innegable ¿por qué se fatiga España en el sosten de un ejército que para nada habría de servir, manteniendo a la vez una cohorte inmensa de generales sin talento y sin valor, buenos sólo para lucir entorchados en revistas y salones, pero inútiles cuando la voz de la madre patria llamara dolorida a todos sus hijos para la defensa del territorio?

¿Por qué ni para qué dictar leyes ni escribir ordenanzas, ni fomentar la milicia; si al fin y al cabo, cuando hubiere de llegar la hora de la lucha, huiría el ejército como manada de cobardes cervatillos, sirviendo sólo las balas de los mausers para atravesar el pecho del pueblo que gemiría de dolor y que pediría venganza de los males que han acarreado esos recaudadores de tributos y politicastro neócos en queresuelven todos los que nos desgobernán?

Pero no: eso no es posible: no lo podemos creer de ninguna manera, porque si tal caso llegara, bien merecido tendríamos que un ejército cualquiera, no de cuarenta mil ingleses, sino las miserables hordas de Muza y de Tarik volvieran a hundir la nacionalidad española en las aguas del Guadalete.

No: España no está tan decayda como algunos pesimistas se figuran. España, es cierto, dividida por falta de caracteres gubernamentales y por una porción de desdichas que se han desatado sobre ella, no está, sin embargo, tan falta de fuerzas físicas y morales para oponer formidables energías en un momento dado, a una invasión extranjera;

Hay en España sobrados elementos para su total y rápida generación, aunque hasta ahora no se conoce la persona que pudiera unirlos. Nuestro ejército es noble y valiente, y con la base de sus actuales regimientos, puede poner en muy poco tiempo sobre las armas medio millón de soldados. Hay generales buenos y patriotas, que sabrían disputar

ó alcanzar la victoria, con decisión é inteligencia. Hay, por último, un pueblo que hoy sabe sentir y mañana sabría decidirse, apelando al combate irregular, propio y exclusivo de nuestro suelo, sacando del olvido a aquel supremo jefe No importa que hizo temblar a las águilas francesas en Bailen, en los muros de Zaragoza y en las márgenes del Bruch.

Si nuestros gobernantes desconocen todo eso; si además solo siguen pensando en desangrar a la patria aumentando sin cesar las contribuciones ó en desarrollar una política de perdición llevando a las Cortes mayorías de vanidosos é ignorantes, márchense pronto, abandonen las poltronas del absolutismo con que se envanecen y dejen, en nombre de la patria, el puesto a los que pueden traernos pronto nuestra anhelada regeneración.

¿Qué serían cuarenta mil ingleses dentro de nuestro territorio, si España tuviera menos Sagastas y menos Morets y menos diputadillos de pega? ¿Qué fué Napoleón con sus mejores mariscales y todo su gran ejército ante un pueblo que quiso responder al heroico grito de las víctimas del Dos de Mayo?

Pero entonces regían nuestros destinos españoles netos, no politicastro endiosados que nos llevan a desastres ciertos, y vistos mucho tiempo antes, en Cavite y en Santiago de Cuba.

¿Tendremos con el gobierno actual todo lo que merecemos, ó el cinismo de ciertos hombres provocará tarde ó temprano una general protesta, precursora de una rehabilitación que nos haga reproducir alguna vez las inmortales páginas de nuestra antigua historia?

¡Que Dios se apiade de nosotros!

DE MADRID A MURCIA

Sr. Director del HERALDO DE MURCIA.

La nota del día es la manifestación católica de ayer, que pudo ser motivo de trascendentes sucesos debido sin duda alguna a la condescendencia del partido liberal.

Los librepensadores habían pedido permiso para realizar una contra manifestación, pero como el Gobernador prometió que los cléricos irían de cuatro en cuatro, lo cual indicaba que la manifestación no se celebraba, no se tomó ninguna medida.

Serán próximamente las dos y media cuando empezaron a llegar a la iglesia de San Isidro grandes grupos de fieles para asistir al Jubileo.

Media hora después se puso en movimiento la comitiva llevando todos los fieles cirios encendidos.

Al pasar por delante del Café Nacional oyéronse gritos de ¡abajo los neos!

Cuando la procesión salía de San Ginés pasó por la calle del Arsenal el coche que conducía a Sagasta, al reconocerlo la gente, comenzaron a gritar unánime y desahogada:

¡Abajo Sagasta! ¡Muera este Gobierno clerical!

En la esquina de la calle de Alcalá y Caballero de Gracia, se formó un numeroso grupo de librepensadores que ento-
nó «La Marsellesa» La presencia de los

católicos era acogida con mueras a la reacción, al fanatismo y a los jesuitas.

En algunos momentos llegó a ponerse la cosa muy seria. Los agentes sacaron los sables y hubo carreras y detenciones.

En este pasó por aquel sitio la corte que regresaba de los toros, de la manifestación salieron algunos vivos al rey que fueron ahogados por otros gritos contrarios y varios silbidos.

Al salir de la iglesia de San José los obispos de Ston y Madrid y el Nuncio, y subir a sus carruajes se promovió un regular alboroto.

Las dignidades eclesiásticas fueron estrepitosamente silbadas. Algunos clericales quisieron hacer frente a los librepensadores y con tal motivo hubo estacazos y carreras.

Así terminó la procesión del Jubileo. Los librepensadores piensan organizar un mitin en el Fronton Central, para lo cual apenas llegue Lerroux se harán las oportunas gestiones.

El gobierno en vista de la excitación en que se encuentran los ánimos tanto de los católicos como de los librepensadores ha resuelto prohibir toda clase de procesión.

Castillo.

17 de Junio de 1901.



JUAN XVIII

Nunca se vió el gobierno de la Iglesia en peores circunstancias que al subir al Solio pontificio el cardenal romano Fasan ó Fasiano, el 20 de Noviembre de 1903. Su antecesor, Juan XVIII, solo había sido papa cinco meses, por que las luchas que se libraban dentro de la Iglesia Católica pusieron término a su pontificado y precipitaron su misteriosa muerte. La energía del sucesor, que tomó el nombre de Juan XVIII, se impuso a muchos de los que menoscababan el alto prestigio de la Religión, para cuya guarda no bastaban los esfuerzos del clero bajo y de las comunidades, pues las



poco ejemplares conductas de los prelados y del alto clero traían ensandizados al pueblo cristiano. A su vez los nobles italianos querían hacer a la Iglesia juguete de sus caprichos; los patriarcas Licio y Sergio habían vuelto a dividir la Iglesia romana y la Constantinopolitana, y la simonía reinaba en todas partes, concediéndose al dinero ó al favor las dignidades sacerdotales.

Juan XVIII consiguió la concordia entre Roma y Constantinopla, obligando al patriarca Sergio a inscribir su nombre en las tablas de la iglesia constantinopolitana, como reconocimiento de la supremacía de Roma, que debía gozar aquel derecho y le prohibió usar el título que él mismo se había dado, de obispo ecuménico ó universal, que solo podía usar el Papa.

Juan XVIII fué quien concedió en 1004 el pálio al obispo de Constantinopla, como un privilegio.

Indudablemente las circunstancias pudieron mas que el animoso papa, quien sin terminar las reformas emprendidas renunció, en Mayo de 1009, el papado, a los cinco años de haber ocupado la Silla de San Pedro. Ingresó como monje benedictino en la abadía de San Pablo, extramuros de Roma, y el 18 de Junio de 1009, al mes de entrar, falleció de muerte tan sospechosa como su antecesor en el Solio, puesto que los dos se dice que fueron envenenados.

Hernando de Acevedo

Rápida

S. M. Alfonso XIII, rey de España.

sin Indias, asistió anteayer por vez primera a la fiesta nacional. Los cuatro matadores que tomaron parte, brindáronle las faenas y como es de rubrica en el ritual taurómico, S. M. correspondió a esta atención de pleito vasallaje torero, regalando a los diestros (ya lo creo que son!) una petaca de oro y piedras preciosas a cada uno. Mazzantini se propone pedir audiencia al Rey y presentarle el estoque con que dió muerte al toro brindado. Los sistemáticos detractores de la gran fiesta, gloria de la patria de Picalimas, habrán visto con desagrado la conaturalización del trono y del toreo ¡Ah menguados! Vuestros lamentos se oírán con la misma indiferencia que los de la impiedad democrática que censura el Jubileo. Pues que ¿no habeis en el curso de la historia, las ideas, las teorías y las sectas mas absurdas entronizarse con acatamiento del pueblo servil? ¿Qué de extraño tiene que el estoque de Mazzantini, simbolo perfectísimo de las tradiciones heroicas de la chulaponería andante, figure en la Armería Real al lado de la espada del Gran Capitán, memoria imborrable de nuestra cursilería conquistadora de antaño? Antipatriotas enemigos del arte de Conejo-chico, vosotros los que predicais contra la mas grandiosa y nacional función, confundidos. Por vuestras intemperancias nos desprecia el extranjero y quizás, dentro de poco sufriremos la intrusión de 40.000 ingleses...

CUENTO

Justo Lambín

Cuando Justo Lambín se presentó a alquilar un cuarto quinto interior de la calle Lemerrier, examinóle la portera de pies a cabeza y le preguntó:

—¿Es V. casado? Porque ha de saber V. que no queremos aquí hombres solteros.

—No soy casado—contestó Lambín—pero no importa para el caso; pues soy una persona de muy buenas costumbres, enemiga de todo escándalo.

Indudablemente, el tono y el aspecto del joven desarmaron a la portera, porque ésta cogió las llaves y le invitó a ver la habitación. Al bajar, parecían los mejores amigos del mundo y el asunto quedó resuelto inmediatamente. Al otro día el inquilino tomó posesión del cuarto.

Era Justo Lambín un hombre de treinta años, de mediana estatura, muy senilillo y de fisonomía en extremo simpática. Solía a las siete de la mañana y regresaba a las siete de la tarde.

Como en su casa, daba luego un paseo y se acostaba para descansar después de doce horas de trabajo en la oficina. El programa de su vida era inmutable, a excepción de los domingos que los pasaba en su domicilio ante una mesa, delante de la ventana, dedicado a hacer algunos trabajos suplementarios.

En el mismo descañillo vivían madame Vincent, viuda de un empleado y su hija Agustina. Trabajaban las dos junto a su ventana, situada ante la de Lambín. En un principio, no fué éste para ellas mas que un objeto de mera curiosidad. Pero al poco tiempo, aquella regularidad y aquel amor al trabajo acabaron por sorprender a la viuda y por interesar a la muchacha. Al ir por las mañanas a la compra, Agustina encontraba a Lambín en la escalera, el cual le saludaba respetuosamente.

Mas tarde, los dos jóvenes se saludaron de ventana a ventana y hasta la misma madame Vincent inclinaba la cabeza y se sonreía. Agustina esperaba con impaciencia la llegada del domingo, para contemplar a sus anchas a su vecino, y éste, por su parte, trabajaba con menos asiduidad, levantaba a cada instante la cabeza y veía fija en él aquella mirada expresiva reveladora de un amor que empezaba a florecer.

Un día madame Vincent dijo a su hija

que M. Lambín intentaba pedirle su mano.

—La portera me lo ha dicho, asegurándome que nuestro vecino está enamorado de ti, y yo le he contestado que eres demasiado joven para casarte. No tienes mas que diecisiete años.

—Pero ¿Y tú, mamá?

—Yo tenía dieciocho cuando contraí el matrimonio. Además, ¿qué porvenir te ofrece ese Mr. Lambin? No llega a dos mil francos anuales lo que gana en una casa de comercio, de la que pueden despedirle el día menos pensado. Conviengo en que es un buen muchacho; pero preferiría para tí un hombre de otra especie. Estos tipos tan bonachones no son siempre los mejores maridos.

Agustina se echó a llorar por toda contestación.

No te aflijas hija mía —le dijo madame Vincent.— Ya te encontraré yo un marido que te convenga más que ese.

Desde aquel día, y sin que la viuda lo notara, la vida de Agustina cambió por completo. La pobrecilla no hablaba más que lo preciso y los domingos no se separaba de la ventana, donde permanecía como hipnotizada.

Andando el tiempo, llegó a alterarse la salud de la joven, cuyas fuerzas comenzaron a abandonarla. El médico dispuso que guardara cama y al cabo de tres meses de enfermedad la infeliz criatura exhaló el último suspiro.

El pesar de madame Vincent fué terrible. La afligida madre estaba desorientada, sin considerar ni por un instante que había sido la causa de aquella muerte.

Con arreglo a la costumbre, invitó al entierro a los vecinos de la casa, y como no tenía parientes, ella misma quiso presidir el duelo. Media docena de personas la acompañaron hasta la iglesia, y después del oficio de difuntos todo el mundo había desaparecido, a excepción de Justo Lambín.

Pusieronse los dos en marcha detrás del cocho fúnebre, y cuando hubo terminado el entierro, el joven dijo a madame Vincent.

—Ya sabe V. que si me necesita para algo estoy siempre a sus órdenes.

—Puesto que es V. tan bondadoso, me separe de mitan pronto y hágame el favor de acompañarme un rato.

Entraron los dos en el domicilio de la viuda y se pusieron a hablar en voz baja. Madame Vincent le llamó su hijo, le contó cuanto le amaba Agustina y cuanto deploraba no haber accedido a sus deseos.

Al cabo de media hora levantóse Justo Lambín, el cual deseaba ponerse a trabajar para recuperar el tiempo perdido. Entonces la viuda le dijo:

—¿Quiere V. hacerme un gran favor? Vaya V. a buscar sus papeles, trágales aquí y póngase a escribir a mi lado. De lo contrario me moriré de miedo.

Madame Vincent y Lambin pasaron la velada juntas hasta cerca de una de la madrugada. Lo mismo ocurrió en las noches sucesivas.

Al cabo de algunos meses obtuvo Lambin un aumento de sueldo, y cuando el joven comunicó tan grata nueva a la viuda, ésta le dijo que tenía una pensión de ochocientos francos y ganaba igual cantidad con su trabajo de costura.

Justo Lambin comprendiendo desde luego de lo que se trataba, dijo a su interlocutor:

—Francamente no me atrevía a proponerle a V. un casamiento tan ventajoso para los dos.

Aeto continuo quedó concertado el matrimonio, conviniendo en celebrarle en el término más breve posible.

Madame Vincent iba a exclamar: «¿Qué contenta estaría Agustina!», pero apenas iniciada la frase se detuvo a tiempo ante una mirada de su prometido.

La futura esposa de Justo Lambin guardó silencio, y una y otro bajaron los ojos, como avergonzados de la idea que había cruzado por la imaginación de la viuda.

Monjéveux.

